

Cuentos de Gual Cisne



Antonio de Benito

Ilustraciones: Teresa Fudio Delgado

*Cuentos de
Gual Cisne*

Antonio de Benito

*Al Pato Donald, a Mickey Mouse
y a Claudia, mi más fiel lectora desde
que se le caían los dientes de leche.*

No está permitida la reproducción de este libro
por ningún sistema sin la autorización del autor.

© Texto: Antonio de Benito

© Ilustraciones: Teresa Fudio Delgado

Edición: Colegio Sagrado Corazón de Logroño

www.jesuitasrioja.org

Maquetación y diseño: Patricia Méndez

www.patriciamendez.es

Depósito Legal: LR-1604-2018

El libro de la de Huelva

Tras la larga y terrible persecución, el tigre de Bengala observó que los dos humanos embarcaban y se alejaban de la costa.

– Habéis escapado, pero en algún lugar de Huelva habéis perdido a vuestro bebé. ¡Y yo lo encontraré! Y entonces...

Pero el bebé fue recogido por una manada de lobos que habitaba la Sierra de Aracena.

– Y te llamaremos Mowgli, «*el sin pelo*» —proclamó Akela—. Serás uno más de nosotros.

Baloo, un oso perezoso, con cara de oso de dibujos animados, de los pocos animales que no eran lobos que formaban la manada, habló:

– Como todos sabéis, nuestro pueblo lobo solo come gambas y crustáceos de nuestras costas onubenses. Te ungiré con mayonesa para atraer a las gambas, a ver qué pasa...

Y enseguida, dejaron a Mowgli en la arena y, al momento, se cubrió por completo de gambas, que acudieron al olor de la mayonesa.

– Has pasado la prueba, eres uno de los nuestros, Mowgli.

Desde aquel día, fue instruido con los valores de los lobos: la lealtad a Akela, el lobo más viejo y sabio; aprendió a pescar gamba, que era la base de la alimentación del pueblo lobo y repudiar el jamón de bellota, alimento prohibido para los cánidos.

Pero Shere Khan no estaba dispuesto a dar por perdido a Mowgli....

– Sé que los lobos han adoptado al pequeño humano. Seremos pacientes, hermanos tigres, la paciencia es la madre de la ciencia.

La dieta de los tigres se basaba exclusivamente en el jamón ibérico. Tenían sometido al pueblo Cerdo. Los engordaban con croquetas de gamba blanca y centollo que aumentaba su sabor.

Los lobos se enemistaron con los tigres por la afrenta que suponía tener que compartir la gamba blanca de Huelva. Aquella enemistad ancestral parecía irreconciliable.

El Gran Cerdo Negro se sentía resignado ante la fortaleza de Shere Khan y los tigres feroces.



Y la Gran Gamba Blanca se quejaba de la masacre que suponía para su pueblo el que los tigres y los lobos pescaran a sus hijas y sobrinos sin tregua.

Pasó el tiempo, Akela envejeció y cada día estaba más débil. Un día, Shere Khan decidió atacar a los lobos. La manada aulló aterrorizada, sintiendo la persecución de los tigres de Bengala. Descendieron de las colinas y en su huida se refugiaron cerca del Coto de Doñana y el pequeño Mowgli, junto con Akela y los lobos más viejos, llegaron hasta la aldea de El Rocío.

Shere Khan y sus tigres jóvenes los tenían sitiados. Las calles polvorientas de El Rocío estaban repletas de peregrinos asustados ante la llegada de los animales que observaban la escena desde las distintas casas-cofradías.

– Ha llegado tu hora, Mowgli. Akela, entrégame al muchacho o moriréis todos. Necesito a ese humano para ofrecérselo al gran Cerdo Negro. Luego, lo sacrificaremos en Matanza popular y nos daremos el mayor festín. La era del tigre ha llegado, comeremos jamón ibérico hasta los días de diario.

– Ni hablar, soy viejo y sé que mi hora se acerca —apuntó Akela—, pero no te daré a quien no te pertenece. Cierto es que tampoco

es un lobo, pero se ha criado entre nosotros comiendo gambas y quisquillas.

Cientos de tigres preparaban sus fauces para devorar a los lobos y recoger al pequeño Mowgli para ofrecerlo en sacrificio al Cerdo Negro.

De pronto, Mowgli apareció subido a una palmera en la Plaza del Real. Estaba completamente bañado en batido de Fresón de Palos de la Frontera, totalmente encarnada su piel. El coro parroquial de Bormujos cantó la salve rociera y el cielo se cubrió de nubes rojas. La lluvia humedeció toda la aldea. No caía agua sino gotitas de fresas y fresones rociados.

Los tigres probaron la lluvia de fresa y los lobos también la cataron. Y les gustó. Les gustó tanto que cambiaron sus hábitos guerreros y alimentarios. Allí mismo firmaron la paz. El Cerdo Negro y la Gamba Blanca se abrazaron aliviados tras muchos años de penurias.

Mowgli se duchó y se despidió de Akela y Shere Khan. Juntos bailaron la danza del fresón ante la atenta y satisfecha mirada del Gran Cerdo Negro y la Gran Gamba Blanca.

– Adiós, vuelvo a Huelva, mis padres me esperan desde hace años y tendré que empezar quinto de primaria.

Vinocho

Gepetto pasaba casi todo el día en su pequeña viña. Se sentía muy solo, apenas hablaba con nadie y decidió construir un muñeco con sarmientos y madera de cepa vieja. Le pintó una sonrisa en los labios y le dijo:

– ¡Qué pena que solo seas un muñeco de madera! Me encantaría que fueras como el hijo que nunca he tenido. Has nacido en la tierra del vino, te llamaré Vinocho.

– Gepetto, puedo ser lo que tú desees. Mira, puedo hablar.

Gepetto lo abrazó y decidió que si era su hijo auténtico debería ir al colegio para aprender a leer, escribir, restar con llevadas y decir hola en inglés.

Esa misma mañana, Vinocho se dirigía a comprar los libros, un cuaderno y lápices para el colegio, cuando vio la carpa de un circo y se acercó.

Vinocho bailó con las marionetas de madera que manejaba el dueño del circo. Después de tres canciones, se dio cuenta que solo eran trozos de madera, sin más vida que la que le proporcionaban las manos de su dueño.

Se sintió un poco triste, pero el dueño del circo se le acercó.

– Toma, seis monedas por lo bien que has bailado.

Vinocho, tan feliz, salió del circo pensando que invertiría las monedas en comprarle un abrigo nuevo a Gepetto.

Al momento, se tropezó con un zorro y un gato.

– Hola, ¿qué vas a hacer con esas monedas?
—le preguntó el gato con cara de zorro.

– Voy a comprarle un abrigo a mi padre.

– Pues ven con nosotros, que conocemos una tienda muy barata —le aconsejó el zorro con voz de gato.

Lo llevaron hasta la Viña de los Milagros y mientras el zorro le daba un puñetazo en la nariz a Vinocho, el gato le arrebató las monedas y se marcharon corriendo los dos truhanes.

Vinocho regresaba muy triste a casa, con la nariz roja y dolorida.

Un guardia le preguntó:

– ¿Qué te pasa, pequeño?

– Nada, que estoy resfriado, nada más.

El guardia se marchó y a Vinocho le creció un poco la nariz.

Pasó por la librería y como no tenía dinero, la librera desde la puerta le preguntó:

– ¿Por qué estás triste, pequeño?

– Nada, nada, es que me he dado un golpe contra un árbol.

Y la nariz de Vinocho creció otro poquito y la librera se encogió de hombros sin entender nada.

Cuando estaba muy cerca de la viña de Gepetto, se inició una fortísima tormenta. Comenzó a tronar y a llover muchísimo.

Tanto llovía que la tierra de la viña estaba muy resbaladiza y Gepetto cayó al pozo de agua.

– Socorro, socorro, no sé nadar. Lánzame un palo largo o una soga para subir.

Pero por allí no había palos largos ni sogas, pero a Vinocho se le ocurrió empezar a hablar en voz alta:

– El buen vino sale de los melones amarillos.

Y la nariz le creció un buen trozo.

– Las uvas no tienen pepitas.



Y la nariz le creció un poco más.

– La Rioja es tierra de membrillos y no de vino. La Fiesta de la Vendimia se celebra por San Antonio. Una bodega es una escuela de grillos...

Y la nariz de Vinocho fue alargándose tanto que consiguió que Gepetto se agarrase a ella y salir del pozo.

Los bolsillos de Gepetto, además de agua, rebosaban monedas que contenía el pozo.

– Podrás comprarte un abrigo nuevo, Gepetto, incluso más viñas, hacer una bodega y producir mucho y buen vino riojano.

– Gracias a ti, Vinocho, mi hijo querido.

Y los dos se abrazaron y Vinocho volvió a tener una nariz como todos los niños de su edad.

Alicia en el País de las Natillas

Alicia es divertida e inquieta. Es de esas niñas que busca gnomos en los parques, pinta la puerta del desván con pistola, hace panes rellenos de poesías o pinta nubes de colores en sus cuadros.

Le encanta que su hermana mayor le lea cuentos porque ella se los imagina y en su mente los decora con imágenes diferentes.

– Se hicieron a la mar tres carabelas, con Cristóbal Colón al frente...

Vaya rollo de cuento que le tocaba escuchar esta tarde. Se tapó los oídos con su imaginación, cerró los ojos y pensó en su comida preferida: las natillas.

Observa que muy cerca de la puerta hay un conejo blanco que lleva un reloj de bolsillo enorme. Junto al conejo hay cuenco con natillas

muy cremosas y una galleta incrustada en medio del recipiente.

Prueba una cucharada de las deliciosas natillas e inmediatamente encoge hasta ser una Alicia de cinco centímetros. Resbala y cae al cuenco de las natillas, que se desparrama por el suelo y sale por debajo de la puerta de la habitación como un auténtico río amarillo.

De pronto se encuentra en un bosque de colores, rodeada de patos con dos picos, gallinas sin cresta y una oruga que ya tiene alas y solamente dos pies.

La gallina está a punto de picotear a Alicia y merendársela, pero la oruga le reprende.

– Es una niña, no picotees niñas o te crecerán alas moradas y estarás volando hasta el fin de tus días.

Alicia se asustó y se protegió sobre un trozo de la galleta que nadaba en las natillas. Le dio un mordisco y, al momento, creció hasta la altura de un ciruelo salvaje.

– Gracias, oruga, me has salvado. ¿Has visto por aquí a un conejo blanco con un gran reloj en el bolsillo de su chaleco?

– Ese conejo es el ahijado de los reyes del País de las Natillas. Los reyes han cambiado mucho,



ahora siempre están malhumorados y subidos en las copas de los árboles. Todos los días hay tormentas, graniza intensamente y se pierde la señal de televisión. Y lo peor... ¡Huele a leche frita!

– ¿A leche frita? No está mal, aunque yo soy experta en natillas, precisamente. Es mi comida favorita.

La oruga y Alicia dieron un paseo por la orilla del río. A la niña se le ocurrió beber un poco de agua y entonces...

– ¡Vuelvo a ser diminuta! —exclamó mirando las incipientes alas de la oruga.

– Sí, ha sucedido al probar el agua del río.

– ¡Sabe a crema catalana! Creo que el olor a leche frita procede del río.

– ¡Oh, no, crema catalana! No es posible, es el fin del País de las Natillas.

En ese preciso instante apareció el conejo blanco, que estaba escondido detrás de una berza. Salió corriendo, pero se le cayó el reloj que pendía de su chaleco.

Alicia tomó el reloj y comprobó que era de galleta. Probó un trocito y volvió a ser casi más alta que el árbol más alto.

– ¡Galleta son sabor a crema catalana! Hay que dar con ese conejo blanco.

Alicia y la oruga fueron a visitar a los reyes del País de las Natillas.

Estaban de muy mal humor, como habitualmente.

– ¿Qué se te ha perdido por aquí, niña?

– El País de las Natillas ya no es lo que era por culpa de esta gran galleta con sabor a crema catalana, majestades.

La reina la olió. El rey la olió.

– ¿De dónde ha salido esta galleta?

Entonces, apareció el conejo blanco.

– Era mi reloj de galleta, lo tomé prestado de un cuento de la biblioteca.

– ¿Tú has robado el reloj de galleta con olor a crema catalana? Ya lo estás devolviendo. Por eso cada tarde granizaba y olía a leche frita.

El conejo blanco lloró lágrimas violetas de dolor y tristeza. Estaba muy arrepentido.

– Yo te ayudaré —le dijo Alicia.

Alicia tomó una cucharadita de natillas y se convirtió en pequeñísima de nuevo. Se subió a los lomos del conejo blanco mientras la oruga echó a volar con sus alas recién estrenadas.

El conejo se zambulló en el cuenco de natillas y junto a Alicia iniciaron el viaje de regreso a la habitación de la niña.

La hermana de Alicia terminaba ya su cuento.

– Y así fue cómo, por casualidad, Cristóbal Colón descubrió América.

Alicia, sentada ya en la cama, se despidió del conejo blanco con chaleco de color chocolate.

– Y no vuelvas a robar nada de ningún cuento —terminó diciendo.

Dambi y Bumbo

Dambi se encontraba solo y triste. Unos cazadores se han adentrado en el Bosque de Los Ciervos. Se ha escondido debajo de un matorral y ha perdido a su madre.

Cuando el silencio regresa al bosque, el cervatillo sale de su refugio y se dirige hacia el río para beber agua.

Al beber, se asusta porque una imagen enorme se refleja en el agua. Alguien se encuentra detrás de él.

– ¡No me hagas nada!

– ¿Estás asustado, cervatillo? No debes hacerlo, soy Bumbo, el elefante del circo que acaba de llegar al cercano poblado.

– Yo me llamo Dambi. Los cazadores han perseguido a mi mamá y estoy solo.

– Yo también me siento muy triste. Mira mis orejas, pueden cubrir un campo de fútbol de primera división. Son enormes y todos se ríen al verlas.



Los dos derramaron una lágrima que les resbaló por la cara y cayó a la hierba.

– ¿Está lloviendo? No, no... son dos lloricas — dijo una voz procedente de la hojarasca.

– ¿Quién eres tú? —preguntó Bumbo moviendo la oreja izquierda.

– ¿No se nota? Un ratón de campo, me llamo Timothy. Dejad de llorar. ¿Qué os sucede?

Le contaron por qué estaban tristes y Timothy, sin dudarlo ni un momento, mordió un junco verde, lo arrancó de la junquera y les dijo:

– Aquí tenéis, es todo lo que necesitáis.

– ¿Un junco?

– No es un junco cualquiera, es mágico. El frescor de las aguas del río le otorga unos poderes especiales.

Bumbo tomó el junco y lo miró extrañado, mirando a Dambi, que tampoco sabía qué decir.

– Bien, amigos, tengo que ir a por nueces con queso al mercado del pueblo. Alegrad esa cara y confiad en el junco mágico. Adiós.

Dambi y Bumbo se sentaron en la orilla del río mirando atentamente el junco que les había dado Timothy.

Se quedaron profundamente dormidos y al despertarse...

– Mira, Bumbo, estamos en la copa de un árbol.
– Es cierto, ¿cómo habremos subido hasta aquí?
—quiso saber el elefante—. Y lo difícil será bajar.
– ¿Y si probamos el junco mágico? —propuso Dambi.

Bumbo le dio el junco al cervatillo, desplegó sus orejas, las movió y comenzaron a volar. Planearon por el río subidos en el junco mágico y aterrizaron en el mismo sitio donde se habían conocido.

– Tengo una idea, serás el único elefante volador del mundo —le dijo sonriendo Dambi.

– Vamos al circo, el dueño se pondrá muy contento.

En el circo anunciaron el número del elefante volador y el cervatillo piloto.

La función estaba a punto de comenzar. El público rebosaba las gradas. Era el turno de Bumbo y Dambi. Una rampa elevadora los subió hasta veinte metros de altura. Dambi se montó en el lomo del elefante y sostenía el junco mágico en la pezuña.

– Preparados, listos... ¡¡¡Ya!!! —anunció el jefe de pista.

Bumbo desplegó las orejas y se lanzó con decisión. El viento producido por las orejas provocó que el junco cayera al suelo.

Los dos se miraron muy asustados.

– ¡Nos vamos a hacer puré de elefante y batido de cervatillo!

– De eso nada —dijo una voz entre el público. Era Timothy, el ratón de campo.

– No temáis, el junco no era mágico, solo era para que dejaseis de lamentaros.

Bumbo y Dambi estaban ya muy cerca del suelo. ¡Ahhhhhhh!

El elefante batió sus orejas mientras Dambi gritaba:

– ¡Arribaaaaa!

El público comenzó a aplaudir entusiasmado ante el sorprendente vuelo.

Los dos amigos planearon por el poblado. Pasaron cerca del campanario de la iglesia, divisaron la heladería, el centro de inmigrantes, el hospital... Y al pasar por el Bosque de los Ciervos, Dambi reconoció a su mamá.

Bumbo aterrizó en un claro del bosque y el cervatillo se abrazó a su madre.

– Adiós, Dambi, ya sabes, cuando quieras dar una vuelta...

– Hasta pronto, Bumbo. No olvides, ya no necesitamos juncos mágicos para ser felices.

La llave durmiente

En un cercano país republicano vivía una señora primer ministro y su marido. Tan felices y agradecidos por haber nacido su hija, decidieron ofrecer un banquete en La Gran Arboleda.

Invitaron a siete hadas, que acudieron engalanadas con sus gorros puntiagudos y coloridos y sus varitas de pescado mágico. Cada hada pidió un deseo para la pequeña recién nacida.

Pero los gobernantes se olvidaron de invitar a la Bruja Malvada de la Arboleda, quien se presentó en la fiesta con malos modales y peores intenciones.

– Por no haberme invitado a la fiesta, esta niña caerá en gran desdicha cuando cumpla los once años y pase a sexto de primaria.

– ¿Qué ha de sucederle a nuestra pequeña? ¿Suspenderá Lengua y Mate y deberá repetir, acaso?

– Peor, se golpeará con una llave y dormirá durante cien años.

El tiempo pasó... Al cumplir los once años, sus padres prohibieron acercarle todo tipo de llaves y llaveros. Pero la niña compitió en un campeonato de judo. Su contrincante le realizó una llave nipona del 15. Cayó al tatami fulminada y se desmayó. Los médicos le diagnosticaron sueño cerebral por llave, un diagnóstico desconocido y para el que no se conocía antídoto.

Los padres, que ya no eran gobernantes, quisieron despertar a la hija y buscaron solución en el Consejo de las Siete Hadas.

– No puede hacerse nada ante el conjuro de la Bruja Malvada de la Arboleda, solo confiar en que alguien dé con la clave.

Por el tatami durmiente pasaron obispos, médicos, hechiceros, vendimiadores, curanderos, boticarios, youtubers, químicos, escritores, relojeros, pescadores, locutores de radio, funcionarios de correos... Hasta que un joven despeinado le colocó una gran llave plateada en la frente y susurró estas palabras: «Abre tus ojos, llave durmiente, llave durmiente, llave, llabe, llabe, bella, bellaaa, bellaaa...».

Y la muchacha abrió los ojos. Se despertó y besó al muchacho de forma inconsciente.

– ¿Cómo te llamas?

– Trese Nuno, soy cerrajero del pueblo Masallá de la Gran Arboleda.

Los padres de la muchacha se pusieron muy contentos.



– Si queréis casaros o vivir juntos cuando podáis ganáros la vida, estupendo.

Y cuando cumplieron los treinta y dos años, se casaron en la Arboleda y se fueron a vivir a Masallá de la Arboleda, al poblado de Trese Nuno.

A los dieciocho meses tuvieron dos gemelos: Aurora y Día. Todo parecía ir bien, pero la madre de Trese Nuno era medio ogra por parte de padre.

– ¡Qué tiernos parecen estos dos bebés! Me los zamparé antes de que se les caigan los dientes de leche, luego ya suelen amargar.

Preparó una gran olla en la cocina. Peló zanahorias, apio, cebollas moradas y pimiento morrón. Encendió la olla, el agua se calentaba... Aurora y Día jugaban cerca de la ventana cuyos cristales ya estaban empañados.

Trese Nuno se percató de que su ogra madre iba a devorar a los pequeños. Entró a la cocina, los recogió y cerró con tres vueltas de llave la puerta. La ogra golpeaba la puerta muy enfadada y pataleaba. Tanto pataleó que resbaló con una capa fina de cebolla y cayó en la olla, desapareciendo para siempre.

La bella hija de la ex gobernadora y su querido Trese Nuno continuaron regentando la ferretería del pueblo Masallá de la Arboleda. Y cuenta la leyenda que la madre ogra de aquel chico era, en realidad, la Bruja Malvada de la Arboleda.

La Cecinienta leonesa

Cecinienta era una niña de tu misma edad, de tez tostada, a veces de color cereza granate, sobre todo cuando su temible madrastra se enfadaba con ella. Y esto sucedía cada vez con más frecuencia.

Cecinienta vivía junto a la madrastra y sus dos hermanas, M^a Agujeta y Consolita. Las dos hermanas comían chucherías, dormían y jugaban a todo tipo de videojuegos mientras que Cecinienta debía limpiar, cocinar y atender la lujosa mansión que habitaban. Así día tras día.

– ¡Cecinienta! Tráenos las golosinas, que estamos ocupadas con el último videojuego que nos compró mamá... —ordenaba la pesada M^a Agujeta.

– Sí, eso, eso... Más chuches, Cecinienta, que este juego de quemar montes y desertizar

paisajes es de lo más entretenido, jejejee —se reía con sarcasmo Consolita.

Y Cecinienta, obediente, les acercaba la bolsa de golosinas y continuaba con las tareas del hogar.

La Madrastra había adquirido poderes extraordinarios al tiempo que maléficos. Las nubes le obedecían, los vientos bebían sus órdenes, el sol parecía su criado y todo en la ciudad lo manejaba a su antojo. Cobraba por todo a los ciudadanos, incluso el joven Rey Froilán estaba atemorizado ante sus perversos poderes.

Para olvidar sus penas, Cecinienta se recluía en su reducido cobertizo, cerca de la mansión familiar. Ahí, leía libros de poesías, cantaba, recitaba acertijos y escribía cartas a la luna pidiendo que su suerte cambiara. Junto a estas aficiones, Cecinienta, guardaba celosamente su pequeño gran secreto.

— ¡¡¡Cecinientaaa!!! —llamó a gritos la madrastra—. El Rey Froilán ha mandado la carta de invitación para el Baile Anual de Primavera. Será esta noche y, por supuesto, tus hermanas allí estarán; encárgate de arreglarlas bien para que encuentren un buen novio. Tú tendrás que quedarte aquí, hay mucho que trabajar en la casa.

Cecinienta no respondió. Se moría de ganas de ir al Baile Anual de Primavera, pero no quería



decírselo a la madrastra. Tras engalanar a sus repelentes hermanastras, se despidió.

– Adiós, pasadlo muy bien.

– Ya lo creo... tú deberías comer más chucherías y leer menos tonterías; te iría mejor en la vida —le soltó M^a Agujeta mientras subía sus pesadas piernas al taxi.

– Y no toques mis videojuegos, he dejado la partida a medias, con la lluvia ácida a punto de exterminar a la población de León... —se despidió Consolita.

Cecinienta regresaba al cobertizo cuando escuchó la desagradable voz de la madrastra, que invocaba su conjuro:

– ¡Ni frío ni calor, ni lluvia ni sol ni alimentos de valor! ¡En la ciudad de León mando yo!

Al llegar al cobertizo, Cecinienta desconsolada, abrió la ventana y miró a la Luna cara a cara:

– Llevo mucho tiempo guardando mi secreto. Creo que ha llegado el momento clave para contarlo, ¿no crees? —pensó Cecinienta.

Y la Luna pareció contestarle con un destello. Un reflejo plateado como las aguas del río, que se acercaba a gran velocidad. En un instante, la pequeña Cecinienta no se encontraba sola en el cobertizo.

– Supongo, Cecinienta, que querrás ir a ese famoso baile... —escuchó la voz.

– Claro que quiero ir... tengo que compartir el gran secreto con el Rey. Por cierto, si vamos a ser amigas me gustaría saber tu nombre.

– Soy tu hada, el Hada Cecinada. Llevo viéndote elaborar y cuidar de tu secreto todo este tiempo. Lo has hecho muy bien, has usado el viento, el humo, la sal y el agua adecuadamente, mejor que un conjuro de tu nefasta madrastra.

– No tengo mucho tiempo —interrumpió Cecinienta mirando el reloj—, el baile está a punto de comenzar.

– Pues hablando de tiempo, recuerda —comenzó el Hada Cecinada— que las hadas somos mágicas; pero no podemos controlarlo todo. Perdemos los poderes cuando suenan las doce campanadas de media noche, así que tendrás que regresar antes de esa hora. No te preocupes, si todo va bien, volveremos a vernos. ¡Ah! Y no olvides llevarte un pedazo del Gran Secreto para el Rey, le gustará.

Y el Hada Cecinada tocó con su mágica batuta a Cecinienta y en un instante apareció vestida elegantemente. No convenía llamar la atención, era lo más prudente para que sus hermanas no la reconocieran en el baile.

El Baile Anual de Primavera se celebraba en el Palacio de la Catedral de León, lujosamente decorado para la ocasión. Cecinienta vio a sus dos hermanas cortejando al Duque del Sofá y al Vizconde Gominolo, herederos del Conde Regaliz, inmensamente ricos y muy amigos de la madrastra.

El Rey Froilán, como era costumbre, debía abrir el baile con la madrastra. Antes debían pronunciar unos versos conocidos por todo el pueblo de León.

La madrastra ya había hecho correr el rumor de que el año sería muy seco, apenas llovería y las plantas no crecerían. Por tanto, los herbívoros lo pasarían mal y los alimentos escasearían. Los ciudadanos no tendrían más remedio que consumir los productos del Vizconde Gominolo y seguir los sedentarios consejos del Duque del Sofá.

– Majestad, un año más, vamos a empezar a bailar —comenzó rimando la madrastra.

Y el Rey Froilán, ajeno a aquel pareado, no dejaba de mirar a Cecinienta, y con el despiste que le produjo su belleza, no siguió el guion establecido y empezó a improvisar:

– Señora Madrastra, la inquietud me arrastra...

Un gran silencio se adueñó de la Catedral de León y todos movieron la cabeza mirando sorprendidos al Rey:

– Pero, ¿qué dice, buen señor? Empecemos la función —continuó la madrastra.

– No bailaré con usted, acabo de ver a una gran mujer... —replicó Froilán.

La madrastra, perpleja, siguió recitando:

– Si conmigo no bailara, despídase de la cuchara.

Si ahora llueve poco,
luego nada de nada.
Ni una gota de agua,
ni ríos ni cascadas,
ni fuentes plateadas.

Las plantas serán recuerdos;
los animales, historia;
los hombres y mujeres
perderán hasta la memoria.

Llevarán estricta dieta:
gominolas, regaliz,
chucherías enlatadas,
y caramelos de anís.

Y el Rey, sin dejar de mirar a Cecinienta respondió:

– Tú sigue rajando, bruja,
que no me importa comer,
lo que quiero es que te vayas
para poder conocer
a una persona especial,
con la cara veteada,
la mirada angelical,
y piel aterciopelada.

Y todos movían sus cabezas, del Rey hasta la madrastra y desde la malvada hasta Froilán. Y vuelta al gobernante y vuelta a la madrastra tunante, todos cabeceaban.

– Pues como tú quieras, Rey,
la guerra te he declarado,
¿quién podrá seguirte a ti?
¿A quién tendrás a tu lado?

Y el rey, viendo las cabezadas de la gente a uno y a otro lado, y fortalecido por la mirada de Cecinienta, acabó la disputa:

– Estos mueven la cabeza,
sin saber lo que pensar,
pero yo te hago una apuesta,
si te atreves a jugar.

Daré de comer a todos,
abuelos, padres y niños
a leoneses y godos,
a cada uno su aliño.
Y cuando estén bien saciados,
te daremos tu merecido,
tendrás que escapar del pueblo,
y decir adiós, me he ido.

De nuevo reinó el silencio durante un momento, hasta que el tañido de las campanas de la catedral anunciaba que el día terminaba. ¡¡¡Tam!!!

Cecinienta, al escuchar la campanada, corrió hasta el Rey para desvelarle su secreto. ¡¡¡Tam, tam! Se hizo paso entre la muchedumbre, ¡tam, tam, tam! Y al llegar hasta él, cuando apenas sus labios los separaban un centímetro, la última campanada sonó: ¡¡¡Tammmm!!!

Y Cecinienta se esfumó como por arte de magia y el rey pasmado quedó. Pero la muchacha le había dejado un regalo: un enigmático y oloroso paquete que el rey se llevó hasta sus aposentos. Allí lo desenvolvió con presteza y lo olió cerrando los ojos.

– ¡¡¡Hum, delicioso!!! ¡Y la salvación de mi pueblo! —exclamó el Rey Froilán.

Y el Rey dictó una ley urgente:

– «Buscad a la muchacha de tez color tostado, de cara vetada y olor ahumado». Ella será la futura Reina de León.

Y él mismo buscó casa por casa, doncella por doncella: unas olían a chorizo curado, otras a salchichón bien prensado, a choped envasado o jamón de York loncheado, pero no aparecía la bella Cecinienta por ningún lado.

Mientras tanto, Cecinienta se entretenía en el cobertizo preparando más «secretos» por si el Rey los necesitaba.

– ¡¡¡Cecinientaaaa!!! Ven aquí —gritaron sus hermanas.

– ¿Qué deseáis, princesas? —respondió con sorna ella.

– Queremos casarnos con el Rey, pero no queremos problemas con mamá, así que si viene por aquí, tú no digas nada, yo le ofreceré mi plato preferido: Chucherías de La Maragatería.

– Eso, eso, chuches para todos... ¡Viva! Y nos casaremos las dos con él.

Yo —siguió Consolita— le ofreceré «el botillo virtual», lo último en videojuegos y me compraré

una nueva Play con tres volantes para jugar junto a él todas las tardes...

El Rey se sentía decepcionado, tan solo le quedaba por visitar la mansión de la madrastra y aunque no le apetecía nada ver a las dos repelentes hermanas, llamó a la puerta.

Las dos «hermosas» doncellas le agasajaron con todo tipo de golosinas y el Rey, cortésmente, las aceptó:

– Muchas gracias, pero no creo que pueda dar de comer a toda la población leonesa este tipo de comida, su salud se resentiría. Además, vosotras ya estáis comprometidas con el Vizconde Gominolo y el Duque del Sofá. Adiós.

Y el Rey Froilán, abatido, salió de la mansión.

Un reconocible olor llegó hasta su nariz y fue dirigiendo sus pasos, lentamente, hasta el cercano cobertizo. La ventana entreabierta permitió que el rey observara su interior. Del techo colgaban hermosas y olorosas piezas de carne seca, igual que la que había dejado la joven Cecinienta en el Palacio de la Catedral. Entró sin llamar y allí, entre cientos de piezas de carne con un aspecto magnífico estaba ella...
¡¡¡CECINIENTA!!!

El Rey y Cecinienta se miraron un instante y la chica le contó cómo preparaba su secreto con las mejores carnes de las vacas.

Todos los leoneses se congregaron en la plaza y fueron saciados con deliciosa cecina de León. La madrastra tuvo que marcharse y Consolita y M^a Agujeta prometieron cambiar y ayudar a Cecinienta en las labores de curar cecina.

— ¡¡¡Viva el Rey Froilán y Cecinienta de León!!!
— gritaron los leoneses.

Y el Hada Cecinada les hizo un guiño sentada en la torre más alta de la catedral de León.

¡Siento un dálmata!

Anita y Roger se disponían a dar el paseo de la tarde con sus dos perros dálmatas: Perdita y Pongo.

Eran una auténtica familia y muy pronto iba a aumentar. ¡Perdita estaba embarazada!

– Si nace hembra se llamará Anita y si es macho, Roger, como yo.

– Ya lo hemos hablado mil veces, Roger; si nace macho se llamará Pongo y si es hembra, Perdita.

Los dueños de los perros no se ponían de acuerdo en el nombre del futuro cachorro. Y tampoco en el sabor de los helados. Perdita prefería el de fresa; Pongo pidió uno de turrón; Roger, de trufa negra y Anita de coco y nuez.

Mientras tanto, Cruella de Seville, hacía honor a su nombre y se regodeaba haciendo sus cuentas.

– Noventa y ocho perritos que ya tengo, dividido entre diez, igual a nueve coma ocho. Nueve abrigos de piel de dálmata. ¡Qué lástima! Yo quiero tener diez abrigos, uno para cada día de la semana y tres de repuesto para tomar el té algunas tardes.

Cruella de Seville vivía exclusivamente para su pasión: sus abrigos de piel. Y le había dado desde hace un tiempo por los dálmatas. Así que salió de casa disparada con la intención de encontrar los dos que le faltaban.

– ¡Quillo, qué presiosidad de dálmatas! —exclamó Cruella al ver a Pongo y Perdita relamiéndose, terminando sus helados.

Mientras Anita y Roger pagaban al heladero, la malvada Cruella de Seville metió rápidamente a los dos perros en su carro de la compra y salió disparada.

– ¡A la ladrona, a la ladrona, que nos roban los perritos!

Roger y Anita corrieron tras la ladrona de perros, pero solamente pudieron ver cómo se metía en su portal.

– Tenemos que recuperar a Perdita y a Pongo como sea. Aunque tengamos que pagar el rescate que nos pida.



– Además, Perdita está a punto de parir, ya le había cambiado el ladrido, no tardará mucho.

– Vamos, Roger, tenemos que hablar con esa mujer.

Cruella de Seville, orgullosa de su rapto, ya se disponía a llamar a su sastre particular cuando escuchó el timbre.

– Ay, mi arma, no necesito visitas de nadie ahora, tengo mucho que hacer, chiquilla.

– Señora, sabemos que tiene a nuestros dos dálmatas, podemos llegar a un acuerdo si le parece —propuso Roger.

– ¿Acuerdo? No preocuparse por sus perritos, quedarán muy bien estampados en mis abrigo. Podrán verlos siempre que me vean lucir mis modelos.

– ¡Pero cómo va a hacerse un abrigo con nuestros dos dálmatas!

– Con sus dos dálmatas y otros noventa y ocho más, una cifra redonda. ¡Tengo cien dálmatas!

Anita le guiño un ojo a Roger y dijo:

– Señora, cuente a los perritos, yo creo que no tiene cien.

– Entrometida, claro que tengo cien, quién lo va a saber mejor que yo.

– Le hacemos un trato, no llamaremos a la policía si nos deja pasar y contar a los perritos. Si son cien, la dejaremos en paz y nos despediremos de Pongo y Perdita.

– Bien, trato hessio. Pasen y contemos a los perritos y luego me dejen en paz, ya he avisado a mi sastre.

Roger y Anita no podían creer lo que veían. Toda la casa estaba repleta de jaulas donde los dálmatas estaban hacinados.

– Vamos, vamos... uno, do, tre..., catorse..., treinta y osso..., setenta y cinco...,

Anita miró a Pongo y le echó una sonrisa. Perdita se había acurrucado en la alfombra del salón.

Al tiempo que gruñía y emitía unos ladridos quejumbrosos, le dijo a Pongo:

– Ven, Pongo, cariño... ¡Siento un dálmata!

Y en ese momento parió a un hermoso cachorrito.

Cruella de Seville acabó de contar:

– Noventa y siete, noventa y osso, noventa y nueve y sien... y... y... pero qué es esto.

– Cuente en voz alta, por favor —indico Anita.

– ¡Siento un dálmata!

Todos los dálmatas vivieron en casa de Anita y Roger, liberados de las garras de una de las malvadas más crueles de la historia de los cuentos, Cruella de Seville.



Cuentos de Gual Cisne

es una colección de historias llevadas al mundo del cine por el genial Walt Disney. Unas, adaptadas, y otras, disparatadas, forman un libro que acerca a los lectores estos clásicos de la literatura infantil.

Antonio de Benito

(Arcos de Jalón, Soria). Actualmente ejerce como maestro de Primaria en el colegio Sagrado Corazón —Jesuitas— de Logroño y es autor de más de 170 libros, la mayoría destinados al público infantil.

Teresa Fudio Delgado

(Logroño, La Rioja). Es psicóloga, orientadora del mismo colegio y amante del arte en todas sus dimensiones. Colaboradora habitual del autor en numerosas publicaciones.